

Homenaje a Juan Bosch, dominicano ilustre

Los tres documentos que presentamos en este espacio corresponden al homenaje ofrecido a Juan Bosch, a unos meses de su muerte, que se realizó en la fecha en que se conmemora el aniversario de la Independencia de la República Dominicana, el 27 de febrero de 2002, en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, en Ciudad Universitaria.

El primero es un testimonio de Jorge Turner, luchador social de toda la vida, nacido en Panamá y ciudadano latinoamericano, hoy coordinador del Centro de Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM.

El segundo documento es una disertación sobre la presencia de Juan Bosch en México del sociólogo Pablo A. Mariñez, exembajador de República Dominicana en México, presidente fundador de la Asociación Mexicana de Estudios del Caribe, A. C., y profesor e investigador del Centro de Estudios Latinoamericanos de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM.

El tercer documento es un testimonio de la obra literaria de Bosch del escritor cubano Miguel Cossío Woodward, quien se desempeñó como agregado cultural de la embajada de Cuba en México y actualmente es asesor de la editorial Alfguara y profesor de la Universidad Iberoamericana de la ciudad de México.

Dimensión latinoamericana de Juan Bosch

Jorge Turner Morales

Un hombre que se vuelve marxista a los 60 años, como es el caso del expresidente dominicano Juan Bosch, rompe el molde de lo que estamos acostumbrados a observar. Con frecuencia ocurre al revés. A mí mismo me lo decían los viejos de mi adolescencia: "Hoy eres revolucionario, pero mañana serás reaccionario".

La excepcionalidad de Bosch no consiste, como pudiera parecer, en que se volvió caprichosamente joven cuando empezó a ser viejo, sino que tenía un ca-

rácter recio que lo hizo valorar, en un momento dado, lo infructuoso de sus anhelos populares de siempre y la urgencia de probar la opción socialista.

Esto es muy importante recalcarlo porque en el caótico y cada vez más empobrecido mundo neoliberal de hoy, desaparecido Juan Bosch, los seres más valiosos son los jóvenes que, como él en su tiempo, afrontan los problemas y las opciones indispensables, sin medir los riesgos, buscando soluciones profundas a la tragedia social, y no simples parches.

Yo tengo un problema. Hace poco anuncié en un libro, *30 latinoamericanos en el recuerdo*, que nunca escribiría sobre mí, más bien lo haría sobre personajes que había conocido. Era consciente que en esta obra no había registrado a Bosch, pero sabía que se le habían hecho tantas entrevistas de primera que su recuerdo correcto estaba garantizado. Pero, de repente, el diplomático e investigador Pablo Mariñez me ha pedido un testimonio sobre lo que pienso del líder dominicano. Ha sido superior la tentación de decir algunas palabras acerca de alguien que me impresionó notablemente; y aquí estoy, a pesar de que no sé aún cómo escribir testimonialmente sobre Juan Bosch sin referirme a mi persona.

A pesar de que no estuvimos mucho tiempo cerca físicamente, tuve el privilegio de tratarlo en diferentes épocas, lo que me permite afirmar que Juan Bosch, sin ser infalible y habiendo visto al mundo desde diferentes prismas, siempre mantuvo la misma genuina disposición de político de principios.

La Segunda Guerra Mundial

Recuerdo muy bien cuando conocí a Juan Bosch. Fue en 1944 en el Hotel Regis de la ciudad de México. Plena Guerra Mundial. Platicamos largamente. Lo acompañaba su esposa, "Doña Carmen", como él mismo la llamaba, cubana de simpatía irresistible. Hablamos los tres sobre el tema inevitable: la conflagración, la posible derrota nazifascista y la incertidumbre frente a lo que sería la organización mundial en la posguerra. Yo me sentía a mis anchas porque mi precoz vocación política, que me había convertido muy temprano en obrero portuario y luego en líder estudiantil, se mostraba tácitamente reconocida por la atención que me dispensaban interlocutores de más edad y experiencia.

Les conté que el año anterior, 1943, llegué a México al frente de la delegación de mi país para participar en el Congreso de la Juventud por la Victoria, celebrado en el Palacio de Bellas Artes, que intentaba organizar mejor a los jóvenes de América Latina en el combate contra las potencias del Eje. En el cónclave tuvieron mucha simpatía los planteamientos de nuestra delegación, salvo cuando afirmé que la lucha contra el nazismo implicaba la lucha simultánea contra los dictadores latinoamericanos como Rafael Leónidas Trujillo, Jorge Ubico, Anastasio Somoza y Tiburcio Carías Andino, para asegurar, al término del conflicto, un mundo nuevo, progresista y de amplias libertades. La mayoría de los congresistas, sobre todo los españoles asesores de la reunión, combatientes por la República y asilados en México, con quienes forjé lazos solidarios muy fuertes, me replicaron: la tarea del momento era formar un frente mundial de fuerzas lo más amplio posible para

derrotar la amenaza del Eje. No era el tiempo de dividir a los latinoamericanos. Primero se trataba de vencer y después vendría el ajuste de cuentas con las tiranías locales dentro de un orbe que prometía avanzar bastante y con poco oxígeno para que siguieran subsistiendo nuestras satrapías.

Cuando terminé mi relato los ojos claros de don Juan se habían vuelto aceros. Esperó un rato antes de responderme, pero cuando lo hizo se pronunció a favor de lo que yo había sostenido en la reunión. "Lástima que la mayoría del Congreso se haya equivocado en este punto, pero lo que ocurra después demostrará quién tenía la razón", sostuvo.

¿Quién era Juan Bosch?

Ese año de 1944, en que me entrevisté por primera vez con Juan Bosch, fue decisivo para mi afecto permanente hacia él. Yo lo admiraba porque, en su oposición al dictador Trujillo, tras idear un truco en 1938 para salir de su patria, sin riesgo de ser asesinado, había contribuido mucho a desatar, con su incesante actividad foránea, el rechazo al dictador en nuestro subcontinente y por su amistad próxima con dirigentes latinoamericanos con opciones de poder político inmediato. Pero no sabía de los cuentos magistrales que escribía desde niño, los que llegué a leer después, concienzudamente, a través de mi íntima amistad con su ahijado José Luis González, que era puertorriqueño de madre dominicana, mientras que Juan era dominicano de madre puertorriqueña.

Pero he concluido hoy en día que las razones más fuertes de mi admiración por Juan surgieron, desde entonces, de dos elementos básicos: Bosch siempre fue enemigo de las dictaduras y además combatiente antiimperialista, lo que lo equipara ideológicamente a líderes como Salvador Allende y Jorge Eliécer Gaitán, y no a sus amigos Luis Muñoz Marín, Rómulo Betancourt y José Figueres, sin dejar de reconocer la ayuda que éstos le prestaron para la restauración de la democracia en República Dominicana.

A mí me parece que la sensibilidad social y patriótica que condujo a Bosch al antiimperialismo tiene sus raíces en el conocimiento histórico de la primera e injusta invasión armada que sufrió su patria por parte de Estados Unidos y en su devoción por el pensamiento del prócer puertorriqueño Eugenio María de Hostos, cuya obra compiló cuidadosamente en el primer trabajo de aliento que emprendió al inicio de su exilio. Lo mejor del ideario político cubano de los cuarenta y cincuenta, época en que Bosch vivió en Cuba, contribuyó a completar su pensamiento.

El intempestivo ajusticiamiento del dictador Trujillo evitó que Bosch tomara una senda de buena apariencia política, aunque equivocada. En una reunión en San José de Costa Rica, de apristas peruanos, adecos venezolanos, liberales colombianos, figueristas ticos, más guatemaltecos, panameños y hondureños, decidieron fundar el Instituto de Estudios Políticos para capacitar a los cuadros que se dedicarían a trabajar por la integración latinoamericana. Era una idea deformada de la unificatoria concepción aprista original de Víctor Raúl Haya de la Torre. A

Juan Bosch lo invitaron para ser profesor, y él, no obstante los contactos esporádicos que entonces manteníamos, me escribió a Panamá invitándome a mí también. Yo rehusé de forma cortés, dados los intereses nacionales propios y mis vinculaciones de reconocimiento a la Revolución Cubana. Tiempo después me dio mucho gusto leer, en la entrevista que le hizo Lil Despradel, "Encuentro con Juan Bosch: en busca del tiempo perdido", que el profesor le había explicado que aquella reunión había sido patrocinada por la CIA, con la mira de provocar a Cuba, pero que ni él ni otros participantes, pecando de ingenuos, se imaginaron semejante cosa.

Pero, como decía, la muerte imprevista de Trujillo, ocurrida en 1961, lo sacó brusca y definitivamente del proyecto continentalista macabro y lo situó en la realidad concreta de su patria. Con mucha agilidad, concentró a dirigentes del Partido Revolucionario Dominicano (PRD), que él había formado desde 1939 en La Habana, para movilizarse hacia Dominicana, logrando ser aceptados por Joaquín Balaguer.

La propaganda interna se intensificó con la llegada de los exiliados, y se obtuvo lo difícil de creer: en febrero de 1963 llegó Bosch al poder por medio de elecciones transparentes y gobernó hasta septiembre del mismo año, en que lo derrocaron los gorilas y el imperialismo, aterrados por el ejemplo cubano, más tarde ocupando la nación, en 1965, para evitar la restauración del régimen.

El líder marxista

Tres fueron las otras veces que tuve relación con don Juan Bosch, siempre en México, a donde fui expulsado la última vez. La más importante de las conversaciones fue la primera de ellas, ocurrida en 1974. Ya Bosch había pasado por los percances del golpe de Estado en su contra, por los intentos fracasados de restauración de su gobierno, por la invasión estadounidense y por el decepcionante análisis del porqué de la conducta oportunista de algunos líderes de su partido, el PRD, con el cual llegó a la Presidencia de la República.

Su conclusión fue que la justicia social no podía lograrse mediante la democracia representativa sino a través de la concepción marxista y, siendo como era, se dio a la tarea de crear un nuevo instrumento político más adecuado para la nueva concepción, el Partido de la Liberación Dominicana (PLD); profundizó en la teoría y escribió un enorme libro histórico sobre América Latina: *De Cristóbal Colón a Fidel Castro*, y otra obra de desenmascaramiento de la forma de funcionar del imperialismo estadounidense: *El pentagonismo, sustituto del imperialismo*. Y encima hizo su famoso viaje a Corea del Norte, China Popular y Vietnam del Norte que, estando geográficamente en los antípodas de Dominicana, constituían ensayos socialistas exitosos en naciones que no tenían gran desarrollo económico.

En 1974 funcionaba el Comité de Solidaridad Latinoamericana en México, aprovechando el destierro de figuras intelectuales de nuestra región, entre ellas el argentino Rodolfo Puiggrós, el brasileño Francisco Julião, el boliviano Guzmán Galarza, el chileno Pedro Vúskovic, el guatemalteco José Luis Balcárcel, el nica-

ragüense Francisco de Asís Fernández, el haitiano Gérard Pierre-Charles, el peruano Genaro Carnero Checa, el puertorriqueño José Luis González y yo. Representaba a México en el Comité Pablo González Casanova. Miembros del Comité tuvimos el gusto de recibir en la fecha a Juan Bosch. Discutimos con el profesor el tema que más le interesaba en ese momento: la mejor forma de organización del PLD. Hablamos de partidos de dirigentes y partidos de masas y de la idea de la organización partidaria leninista. Recuerdo que Puiggrós, pensando en la experiencia argentina, le previno que no siguiera al pie de la letra el esquema rígido de las organizaciones comunistas porque esto podría disminuir las simpatías populares hacia el ensayo. La reunión concluyó con Juan Bosch pensativo.

La otra ocasión en que tuve oportunidad de estar con Juan Bosch fue en 1982, cuando pude enseñarle las instalaciones de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, en la cual estaba yo prestando servicios, y así también pude participar en la organización de una ilustrativa conferencia que él dio sobre "El Gran Caribe". La conversación más inquietante que sostuvimos entonces versó sobre Nicaragua. En 1991 fue la última oportunidad en que viajó a México con motivo de su participación en el "Foro Internacional sobre la situación de América Latina", auspiciado por el *Foro Internacional Independiente, 1492-1992*.

Juan Bosch fue longevo, pese a los tropiezos y dificultades. Se retiró de la política a los 85 años y murió en el 2001, a los 92 años, pero antes tuvo la compensación de que uno de sus jóvenes discípulos del PLD, Leonel Fernández, llegara al solio presidencial por el voto popular en 1996 gobernando hasta el 2000.

Su vida, su ejemplo y su constancia constituyen uno de los modelos más altos para vislumbrar cuál debe ser la verdadera dimensión latinoamericana.